

JUVENTUD

Año I.

Madrid 31 de Octubre de 1901.

Núm. 4.

PSICOLOGÍA NACIONAL

Muy á menudo se habla de la psicología del pueblo español. Los extranjeros (y algunos nacionales también) pretenden saberla de corrido y con certeza absoluta. Desconfiemos de las sentencias firmes en esta materia y de las generalizaciones precipitadas.

Ante todo, hay que resolver una cuestión: ¿existe en el individuo y en las naciones una unidad psicológica, tal como la declara el conocido refrán de «Genio y figura hasta la sepultura», que presupone aquellos caracteres de una pieza, invariables en todo el transcurso de la vida, con razón censurados por el realismo en la literatura imaginativa anterior á él? Tal vez sí. Pero en qué consista esa unidad, cuáles sean sus leyes, no puede afirmarse con exactitud sino al fin de la existencia, puesto que cada edad tiene sus caracteres, á veces opuestos á los manifestados en las otras. ¡Cuántas mudanzas en creencias, conducta, etc., vemos en los hombres!

Posible es—muchos así lo creen—que dentro de esa variedad, que muy á menudo llega á oposición, exista la unidad psicológica, y aun que en la misma variación esté la ley fundamental de los espíritus que así se producen. Sea de esto lo que fuere, ¿no nos expondremos á error, y error grave, diciendo en cada uno de los periodos distintos, y en vista sólo de los caracteres que él ofrece, que éstos son los verdaderamente propios del sujeto, los que pueden darse como típicos de su vida? ¿Por qué aquéllos y no los anteriores ó los siguientes? ¿Cuáles son accidentales y cuáles no? ¿Por qué hemos de decir, v. gr., que nuestra intransigencia religiosa del siglo XIV al XX es más *nuestra*, más *española*, que la transigencia del VIII al XIV, y de antes; ó que es *más español* el aislamiento intelectual del XVI-XVII, que el extranjerismo constante del XII al XVI, y, en fin (para no amontonar ejemplos), nuestra indiferencia actual

por la cultura, que nuestro manifiesto afán de saber desde el siglo XII al XVI?

El desconocimiento de la historia de España y la observación exclusiva de la época moderna, y aun de los hechos contemporáneos, produce el error de convertir en datos bastantes para generalizar los que pertenecen á un lapso de tiempo reducido. Cabe alegar, sin duda, que los hechos verdaderamente importantes y que «imprimen carácter», como vulgarmente se dice, son los de la edad viril, cuando el entendimiento está formado, maduro y da en toda sazón su cosecha. Pero esto, que en el individuo todavía puede discutirse, no se puede aplicar sin reserva á una nación, en cuya existencia la medida del tiempo es muy otra, y cuya sucesión de edades dista mucho de ser tan precisa como la del individuo. ¿Cuándo es joven una nación, cuándo vieja; cuándo degenerada; cuándo más bien detenida en su desarrollo? Compárense, por lo que á España toca, los juicios formulados por algunos políticos y escritores ingleses, v. gr., con el del cubano Varona

Otra cosa es observar las notas *constantes* que, en medio de la variedad enorme de los distintos tiempos, presenta el pueblo español. Ese sería terreno sólido. Pero en él no han pensado todavía seriamente los que hablan de psicología nacional.

RAFAEL ALTAMIRA



Á CIEGAS

¿Te acuerdas?...

Cuando veo al ciego cuya historia conocemos tú y yo, una gota amarga se mezcla á la dulce felicidad de mi amor. No son celos ni envidia. Es tristeza inefable del mal ajeno y del bien propio lo que siento cuando veo al ciego de nuestra historia.

Tú eras la madurez de un ideal de hermosura; espíritu lleno de naturaleza, tenías el aroma de los frutales en flor. Muchas veces te vi conducirle de la mano de una á otra acera, salvando los peligros del arroyo. Él te esperaba siempre en la esquina, esbelto como una estatua cristiana; por su inmovilidad, todo piedra; por su expresión, todo alma. En su cara no se dibujaba la sonrisa que mana de la paz interna, sino la gravedad indiferente de las figuras clásicas, como si el destino hubiese ceñido á sus sienes la corona de hierro; pero los delicados contornos de su cuerpo joven parecían envueltos en aureola mística, efluvio de un espíritu sensible en que el amor refleja el mundo en armoniosa teofanía.

Así era cuando, solo y sin rumbo, se lanzó á navegar por el mar de tinieblas de su vida. Al contacto de tu belleza brotó en su espíritu, ciego como

sus ojos, del infinito del deseo, una idea de mujer, única luz de su conciencia, en cuyo fondo el pensamiento labraba continuamente un esquematismo de vida siempre igual como fina labor de ataurique. Sintió impulsos de lucha y languideces de derrota, y se embriagó su alma como en un festín de Bagdad en medio de una atmósfera saturada de perfumes de Arabia.

¿Te acuerdas?...

Era la hora alegre de la ciudad, llena de juventud libertada de la escuela, del taller y de la fábrica. Una nube cenicienta y uniforme velaba la muerte del sol, y el cierzo sacudía los rostros con látigo de nieve. Le vi seguir tus pasos tembloroso, apoderarse de tu mano y herir la frialdad de tu piel con el fuego de su boca. Cuando huiste, te buscó en las sombras; pero sin tu auxilio cayó al suelo. Vencido, abandonado, extendió los brazos como un Cristo é invocó el nombre de su madre. La lluvia helada que cayó sobre su frente fué el beso de amor puro que ella le enviaba desde el cielo.

¿Te acuerdas?...

Yo no puedo pensar en él sin sentir que una gota amarga se mezcla á la felicidad de mi amor. Vencido de

la pasión, después de los años, le veo inmóvil en la esquina. Su cuerpo se ha doblado; su anatomía es más sabia y menos bella: se dibuja mejor la forma de sus músculos, se adivinan sus huesos, se han marcado las arrugas de su piel y se puede seguir el curso de sus venas; pero en su conciencia, entre la fronda del sentimiento, brota la fuente del amor, y cuando pasas á su lado, á la hora de

la alegría de la ciudad, rebasa de sus ojos y, siguiendo los surcos de las mejillas, va á perderse en la espesura de su barba de apóstol.

¡Te acuerdas!...

No son celos ni envidia. Es una tristeza inefable del mal ajeno y del bien propio lo que siento al ver al ciego de nuestra historia.

JULIÁN BESTEIRO

El Derecho al producto íntegro del trabajo es el título de un libro de Menger, reciente y concienzudamente vertido al castellano por nuestro ilustre colaborador Sr. Posada. Este libro, en el cual su autor se propuso elaborar las ideas capitales del socialismo considerándolas desde el punto de vista jurídico, responde á la idea más amplia del autor, de exponer el socialismo como sistema de derecho. Menger estudia el tema particular de la obra en Hugo, Fichte, Marlo, William Godwin, Carlos Hall, William Thomson, Saint-Simon, Proudhon, Rodbertus, Marx, Blanc, Lassalle, dando al estudio del socialismo francés y del inglés, la importancia que hasta Menger no se les concedía, como punto de partida del movimiento social moderno.

Siguen consideraciones acerca del socialismo conservador en Alemania, de la nacionalización de la tierra en Inglaterra, del derecho al producto íntegro del trabajo y las formas de la propiedad, más un capítulo de conclusiones en que el autor trata la realización parcial del derecho á la existencia en las legislaciones modernas.

El libro es muy interesante y prestará grandes servicios á quienes quieran conocer en sumario la historia de la idea socialista. No podemos menos de recomendarlo mucho.

Democracia y clericalismo, por E. González Blanco. Folleto en que el autor trata de probar la incompatibilidad de esta última institución, ó de sus principios, con los democráticos.

LA CRÍTICA TEATRAL

Injustamente se censura é impropriamente se llama *críticas* á las reseñas ó revistas que acerca de las comedias ó dramas publican los periódicos á las pocas horas del estreno. La misión de los autores de esas reseñas se reduce á expresar la impresión que en ellos ha producido la obra estrenada.

Al revistero que á la salida del teatro se pone á escribir á vuelo la pluma un artículo de mal llamada crítica, á propósito de la obra que acaba de ver, absurdo es exigirle madurez de juicio, honda penetración y análisis concienzudo para desentrañar el sentido de la obra recién vista, señalar con mano segura sus defectos ó sus bellezas, comprobar su originalidad, comparar sus tendencias con las de otras producciones de la misma especie y apreciar, en fin, todas sus cualidades negativas y positivas. Lo que únicamente puede pedírsele al revistero que en las condiciones susodichas *hace crítica*, es que dé una idea del pensamiento capital de la obra estrenada, que explique el por qué de la impresión sentida y que señale á vuelo pluma las principales bellezas ó los defectos más salientes.

¿Se quiere más? Pues dése al crítico tiempo y espacio suficiente para estudiar la obra; hágase como por ejemplo se hace en Francia la conveniente separación entre el revistero de la primera noche y el crítico encargado del «folletón», y exijanse entonces á la crítica y al autor de ella las condiciones que debe reunir tan difícil género literario.

En las revistas y periódicos españoles se concede poquísima importancia á la crítica teatral. Pasada la noche del estreno, á nadie se le ocurre coger la pluma para hacer un estudio serio del drama aplaudido ni mucho menos del rechazado. El periodismo entre nosotros es esclavo de la *actualidad*; veinticuatro horas son ya la

jez en la Prensa. Hasta se da el caso de que los periódicos, por adelantar sus *informaciones*, ensalcen ó depriman la obra antes de ser representada. Siguiendo esto así, las informaciones de entre bastidores acabarán por matar las reseñas de los estrenos, como éstas han matado la verdadera crítica.

En muchos diarios sucede algo peor: se manda á *hacer el estreno* á cualquier reporter con menos ropa literaria que la ropa de la otra clase que usaba nuestro padre Adán para andar por el Paraíso.

El tal reporter cree que con cuatro chirigotas de mal gusto, con alabar sin medida ó dar palos de ciego ya ha salido del paso; así se ven muchos gacetilleros analfabetos, como el del cuento, que hasta se permiten «aconsejar á Bretón de los Herreros».

Por otra parte, muchos de los críticos de verdadera autoridad y de saber desdeñan ó temen ocuparse de las obras dramáticas del día; se dedican al estudio de la literatura muerta despreciando la literatura viva, y se dan de calabazadas para descubrir el sentido, v. gr., de un auto sacramental, y no ponen los ojos en un drama de nuestro tiempo; amontonan erudición y prosa, no siempre amena, para hablarnos de Juan del Enzina, Lope de Rueda ó Bartolomé de Torres Naharro y guardan prudente silencio acerca de Echegaray, Guimerá y Dicenta...

Consecuencia de todo esto es que la crítica teatral no existe: la desflora lo apremiante de la labor periodística, la atropella la ignominia de ciertos revisteros y el desdén de los críticos verdaderos la deja morir.

—¿Hay remedio contra esto? Creo que sí.

—¿Cómo?

—Haciendo que los grandes periódicos y las revistas importantes destinen una sección á los trabajos de crítica teatral: los primeros, por medio del folletón semanal (ya que en lo malo imitamos á los franceses, justo es que les imitemos en lo bueno); en las revistas, confiando á escritores competentes el estudio razonado y amplio de las producciones teatrales.

Hágase como se hace ahora la reseña del estreno, reseña periodística de más dificultades de lo que á primera vista parece; pero critíquese después con el debido detenimiento las obras de teatro, y quizá de este modo se consiga crear corrientes nuevas de las cuales está nuestra escena harto necesitada, destruyendo al propio tiempo no pocos prejuicios antiartísticos de una gran parte del público.

ZEDA

COSTUMBRES VASCAS

LA SOCIEDAD AGRICULTORA



I

Si al llegar á cualquier pueblecillo vascongado, escucháis los chupina-zos en pleno día, no os creáis por ello siempre en vísperas de festejo ó de regocijo público; porque generalmente el estallido del cohete suele ser la señal de una boda que pasa y que se dirige al monte. Del monte, de sus respectivos caseríos, han bajado los novios á desposarse á la iglesia del pueblo; y al caserío del marido por el monte vuelven, al son de las dulzainas; la esposa entre un grupo de muchachas, el esposo entre un grupo de mozos vascos. Y al confin de la finca, los padres del recién casado salen al encuentro de la comitiva nupcial. Lleva el padre vino, la madre pan; y el pan y el vino, al llegar, repartido á los convidados, son el aperitivo de la gran comida de boda que inmediatamente ha de servirse; comida copiosa, con borrego ó ternera muertos, una de las pocas comidas abundantes de la vida del casero vasco. Comen y beben alegremente los campesinos, y entre tanto han salido del caserío de la novia, para el

del novio, las carretas con los *arrees*, el ajuar de la desposada, entregado por sus padres, que consiste, como mínimo, en una cama vestida, con dos mudas; una cómoda ó un arcón, de los que suelen conservarse en los caseríos, de siglos pasados; la ropa blanca y los vestidos. Llegan las carretas atronando el camino con el chirrido estridente de sus ruedas. Está prohibido que las carretas chillen; pero los caseros, en este día, contravienen voluntariamente tal prohibición y pagan por ello la debida multa, porque es la del casorio fecha de bulla y de jaleo.

Una mujer entendida en cosas de ropa, va sacando los arrees de las carretas y depositándolos sobre una manta extendida en el suelo. Al mismo tiempo valos describiendo:—*Ocho sábanas*—dice en voz alta la mujer inteligente—, *seis camisas*.—Y la que lleva puesta—añade, en ocasiones, la madre de la novia. Los padrinos ayudan también en esta interesante operación, de curiosidad extremada para las mujeres. Y á medida que se enumeran y se describen las prendas, se va señalando su uso y el día

en que habrán de vestirse. El arreo consta á veces en el contrato matrimonial, y entonces, á medida que se describe, se va comprobando con el documento notarial á la vista. Y hasta el mismo notario acude á levantar acta de la entrega del ajuar, cuando en el contrato ha sido solamente prometido.

Mas la descripción ha terminado, y entonces se coloca sobre el arreo un plato. El padrino de la boda es el primero que arroja sobre él una moneda, que suele ser de cinco pesetas, y los demás le siguen, depositando cantidades semejantes, ya señaladas por la costumbre, y marcando al par su destino: - *Para que mamen bien los recién nacidos.* - *Para que el matrimonio vaya tal día á tal feria.* El padre del novio recoge este dinero y lo guarda. Y ya concluida esta ceremonia, la alegría de la fiesta nupcial se desarrolla libremente sin interrupción ni cansancio, en el transcurso de tres días, cuando no duran hasta ocho las bodas ricas. Se baila incesantemente, al son del tamboril, del silbo, del silbote y de la dulzaina, un baile vivo, saltarín, en el que las parejas, sin enlazarse jamás, cambian á cada momento de sitio, perseguida la hembra ardorosamente por el varón. El primer día no concurre á la fiesta más que gente moza; al segundo acuden también los casados. Y al fin del festejo, que ha durado diariamente hasta bien entrada la noche, para reanudarse muy de mañana, sin dejar tiempo de reposo á los novios, la concurrencia se retira como aletargada por las libaciones, la comida y el baile. Vuelven entonces al caserío la paz y el silencio inmutables de la montaña, y sin trámite ni alteración visibles, comienza á regir la nueva organización familiar que

el matrimonio determina, en la cual aparece anulada la personalidad del padre, y surgiendo de entre sus ruinas la personalidad del hijo, por la boda emancipado. El estudio de esta transformación de la familia campesina eúskara, de sus orígenes y de sus fines, me lo han proporcionado mis excursiones de este verano por los montes y los caseríos, por las aldeas y por los pueblos del país vascongado.

II

El agricultor representa en las sociedades el principal elemento *básico*, elemento fundamental y de apoyo, porque ofrece el cimiento nutritivo, esencialmente primero en la existencia y la vida sociales. Es este carácter raíz el que ha dotado á la agricultura, á la propiedad agrícola, de su fijeza, de su quietud, de su modo de ser estático, manteniéndola firme é inmutable, para que sobre ella funcionen con su incesante movilidad, la industria y el comercio, factores de naturaleza esencialmente dinámica. No significa ciertamente este carácter inmutable de que ha sido revestida la agricultura, nada contrario al progreso necesitado de la producción agrícola, aunque existan casos como el de la agricultura española, generalmente especificada por su tendencia de cuasi absoluto estacionamiento, en todos los medios de cultivo; ni siquiera prueba que la inmovilidad de las propiedades agrarias, hasta ahora intangible, sea substancial para mantener en la agricultura esta su misión de fundamento y base. Mas es el caso que la sociedad agricultora de las provincias vascongadas, no representa para aquel país fuerza progresiva ni de evolución en nin-

gún orden de la vida social, sino por el contrario un elemento inerte, y que en tanto que conserva la paralización en los sistemas de cultura de los campos, ha acentuado á su vez de tal manera la fijeza y la invariabilidad en su constitución, que pudiera por ello especializarse y diferenciarse de las sociedades análogas.

He comprobado la fortísima tendencia á esa cristalización de la sociedad agrícola eúskara, al estudiar el carácter que entre los campesinos vascos han adoptado las costumbres referentes al matrimonio y á la transmisión de bienes á los hijos, que parecen dirigidas á dotar á la agricultura de la mayor fuerza básica posible. No tiene allí el matrimonio por origen la natural aproximación de sexos, la simpatía ó el amor, sino que ostenta un carácter territorial, obediendo á las conveniencias de la tierra, á la buena marcha del negocio agrícola; y la donación y la herencia sujetas al fuero, donde éste existe, ó ajustándose, en la apariencia solamente, al Código civil, donde éste rige, para ceñirse al régimen foral, no sirven preferentemente á otro fin que al de no dividir una propiedad ó no cambiar la organización de una labranza, reteniéndolas en una sola ó en la mejor mano. El propietario rústico, en las provincias vascogadas, no suele ser agricultor. Vive en los pueblos ó en las capitales de las rentas de sus caseríos, constituyendo un elemento exclusivamente consumidor, que nada produce. Así es que la sociedad agricultora la componen únicamente los colono, llamados caseros, que viven en el campo, formando una especie de clase media agrícola, en la que cada uno, por la gran división de la propiedad rural, sólo cultiva caseríos

de dos á diez hectáreas, pagando de renta al dueño, en dinero ó en especie, de quinientas á mil quinientas pesetas anuales. Es inmutable la casería, con su portada ojival del siglo xiv ó del xv; es inmutable la producción de las tierras, limitada, en lo esencial, á la manzana, el maíz y la castaña; es inmutable la renta, jamás aumentada ni disminuida; es inmutable, en fin, el colono, que mediante la aplicación adecuada de la donación y el matrimonio, se perpetúa invariablemente idéntico al frente de cada finca.

III

Cuando el hijo mayor de un casero ó el hijo preferido por sus mejores condiciones de agricultor, se halla en edad de casarse, el padre acude al propietario de quien es colono, y del que también fueron inquilinos sus antepasados, para determinar con qué mujer ha de enlazarlo. A veces, en las reuniones anuales que un dueño de varias caserías celebra con sus caseros, el día de la entrega de la renta, suele el amo señalar las parejas que han de unirse en matrimonio, sin tener para nada en cuenta los sentimientos que puedan aproximarlas ó repelerlas, sino atendiendo á los cálculos más probables para conseguir que se perpetúe la situación actual de sus campos y de sus rentas. Dos jóvenes campesinos pueden amarse; pero si su matrimonio no ha de llenar las conveniencias dichas, el padre del varón, si es éste el hijo mayor ó el favorito, podrá indicarle que desista de su empeño, pues es otra la mujer que le ha sido adjudicada, y añadirle que en caso de no aceptarla, tendrá que desposarse con su preferida fuera de la casa, donde

no estorbe la situación de la propiedad, que el amor iba quizás á transformar, y donde no obtendrá las ventajas hereditarias que en otro caso le hubiesen sido otorgadas. El hijo entonces *no se casa á casa*, que hubiera valido tanto como quedarse con su mujer en la de los padres, como dueño y señor de la hacienda toda. Y son por todo esto, á veces, tan desconocedores el uno del otro los futuros esposos, que se da el caso de no presentárseles la primera ocasión de tratarse algo íntimamente, hasta el día de la celebración del contrato matrimonial. Las campesinas, más vivas y desbastadas que los varones, por su naturaleza más delicada ó por haber vivido algunas en los pueblos ó en las capitales trabajando en el servicio doméstico, se asustan frecuentemente al darse cuenta de la rudeza de sus prometidos. Excitados dos novios por sus padres, en una ocasión, á departir con alguna confianza, cuando se festejaba, como es costumbre, en una taberna del pueblo, la firma del contrato de matrimonio, el futuro marido sólo acertó á ensalzar á su prometida la fuerza y la agilidad del novillo de su caserío, que se revolvía en grandes y alegres saltos al salir suelto por las mañanas del encierro del establo.

Fundamentado así el matrimonio territorialmente, en beneficio de la propiedad agrícola, vienen al mismo tiempo la donación y la herencia á cooperar poderosamente al fin perseguido de la inmovilidad del estado agrario, permitiendo el Fuero de Vizcaya donar en el contrato matrimonial la cuasi totalidad de los bienes paternos al hijo que se casa á casa, y efectuándose en Guipúzcoa, donde no hay legislación foral, una práctica que, sin contravenir la letra, ni apa-

rentemente el espíritu del Código civil, conduce al mismo resultado que francamente puede pretenderse en la región vizcaína. Y la tal práctica consiste en hacer al hijo donación en el contrato de matrimonio, de los bienes que le corresponden como pertenecientes á la legítima paterna, y de los dos tercios de mejora y legado de que el padre á su favor puede disponer. Y es claro que así se consigue mantener entero el caserío en una sola mano, sin las desmembraciones que ocasionaría un reparto equitativo de la fortuna entre todos los hijos. Ciertamente que esta transmisión de la propiedad en masa, pudiera haberla efectuado el donante en el momento de la muerte, libertándose de posibles desamparos é ingratitudes; mas ya se supuso, siempre en demanda del fin perseguido, que al emanciparse el hijo por el matrimonio, su gestión de hombre joven y nuevo al frente de la labranza, habría de ser para el buen rendimiento del negocio más beneficiosa y saludable que la del padre, y por ello convino adelantar el momento de la transmisión de la casería ó del inquilinato.

Resérvese sólo el padre, cuya misión social se da por concluida, como si hubiese muerto, el derecho á recibir del hijo alimento y vestido y una cantidad *para la pipa*, estableciéndose también en algunos documentos la obligación que contrae el donatario de comprar vino para que sea bebido en el caserío los días solemnes del año. Pero tanto en el Fuero como en el Código, la necesidad de servir las legítimas de los demás hijos surgía indispensablemente, y era preciso, por lo tanto, que en los contratos matrimoniales se estipulase la obligación que contraía el donatario de entregar á sus hermanos alguna por-

ción de los bienes recibidos. *Apartando para los otros hijos*—suelen decir actualmente los documentos notariales—*una teja en lo más alto de la casa, un árbol en el monte y un real castellano*. Y con cien á doscientos escudos, según la cuantía de la porción transmitida, entregados á cada hermano al emanciparse, á cambio, siempre, de una carta de pago, queda á cubierto el derecho de legítima; si bien con la visible anomalía de que siendo la legítima una donación *mortis causa*, no se defiera á la muerte del causante, sino en el momento de la emancipación del heredero.

IV

Y he aquí cómo se ha cristalizado en las provincias vascongadas la sociedad agraria en servicio de su mayor fuerza de cimiento. Para conseguirlo se han embotado los corazones, cerrándolos al amor y aventando del monte los idilios; para conseguirlo se entregan los ancianos á una especie de muerte moral, convirtiéndose de señores en servidores, de dueños de hacienda en modestos pensionistas, con la sola exigencia de conservar humeante la pipa y de beber vino cuando tres ó cuatro vé-

ces al año repiquen gordo; para conseguirlo se destruye la igualdad de la participación de los hijos en la fortuna de los padres, falseando, para ello, hábilmente el Código civil, en Guipúzcoa; para conseguirlo, en fin, las herencias se convierten en donaciones *inter vivos*, y los herederos lo son cuando se emancipan, aunque no haya fallecido el causante. Y así, la sociedad agrícola vasca, sociedad de hombres vigorosos, pero rudos; de hombres saludables, más puramente vegetativos, se perpetúa como solidificada en el tiempo, atenta sólo al cumplimiento de su misión sustentadora, especie de Gran Vaca de Euzkeria, de ubres chorreantes, de partos numerosos y robustos. Y sobre ella se apoya y funciona la sociedad industrial, la sociedad dinámica, formada por la otra parte del pueblo vascongado, que progresa con rápido avance, económica é intelectualmente, y que, fecundada por la inmigración de otras regiones, ha llegado á producir en su evolución el tipo social de la poderosa plutocracia vizcaína, todavía tosca de cuerpo y ruda de espíritu, desprendida hace treinta años del taller ó de la mina de hierro.

CARLOS DEL RÍO



DOS DISCUSIONES

Cuando después de numerosos días, durante los cuales padecís el estragamiento de la lectura exquisita, del discurso alambicado, de las conversaciones en las que se rinde culto á la quinta esencia de las sutilezas intelectuales, os tropezáis, en la vida robusta y plena de la realidad, con algún cuadro de vigor salvaje, ¿no sentís, como yo, algo así parecido al enérgico influjo de una ducha potente, que os reacciona y os devuelve los vigos perdidos por las delicadezas de la civilización?

Ayer precisamente, después de asistir á una de esas discusiones de Ateneo, en las que un orador meliflúo informaba á su auditorio sobre los detalles y matices de un tema complicadísimo, y en que otro orador impugnó las razones del primero con no menos caricias de terciopelo retórico en la palabra; ahito ya de delicadezas psicológicas y de tiroteos galantes, bostezando de oír tanta *pálida belleza* del sentir y del pensar, me encaminé, por instinto, hacia sitios donde la *vida viva* se revolviera, gritara, blasfemara y se produjera llena de su propio vigor, sin mixtificaciones ni atenuantes. Di con mis repeluznos y desperezos entre el cuadro atronador y loco de una plaza de abastos. Los muros del Ateneo, ilustrados con exquisita gracia, habían sido substituídos en mi cuadro por muros de hierro; la voz de abeja dulcísima de los oradores, por el léxico crudo, chorreando fuerza, de la gente que compra y vende; el auditorio selecto, cuya alma está formada por la espuma de la civilización, por el público, complejo, vario, original, tosco y enérgico, que aturde con su estruendo los mercados.

Todavía parecíale ver á mi imaginación volar por el aire las *enguatadas* ideas de los oradores de sociedad, y oír sus razones

anémicas entre una discusión afelpada y suave, cuando unos gritos lanzados en tumulto rasgaron mis oídos, y volví la cara hacia la súbita discusión: ésta surgió con fuerza de catapulta entre dos *tablejeras*, de las que expenden carne en el mercado. La emoción de la *ducha* recorrió, bien como las teclas de un instrumento sensible, todas mis vértebras, y huyeron los desperezos de mi boca y los desfallecimientos de mi espíritu.

Se trataba de dos mujeres de pelo en pecho, de esas que en vez de arrojar palabras parece que arrojan perdigonadas sobre el auditorio. ¡Y qué casualidad! Lo que empezaron, no á discutir, sino á vociferar, fué un tema pasional, semejante al que con tanta blandura y tonos acariciadores debatíase poco antes entre los áureos muros de la sociedad intelectual.

Los polemistas se enseñaban las razones, y las carniceras se enseñaban los puños; aquello era *legislación á macha-martillo*. Nada de citas de este autor ni del otro; nada de disquisiciones ni escarceos del discurrir para poner en claro el derecho de ambas mujeres. Lo caliente de una frase, lo desgredado de un dicho, tenían más fuerza y más elocuencia que todas las leyes romanas. Una mujer le había robado á la otra su hombre, y había que oír á la robada defenderse, sin necesidad del vaso de agua consabido, ni de haber estudiado el arte de la elocuencia; porque he de advertir, que por la fuerza del sentir de las bravas mujeres, por sus arrebatos de pasión, por su aspecto tribunico, la famosa Plaza de la Cebada se convirtió, por un momento, en foro conmovedor y grande, en algo muy superior á los salones donde los letrados hablan sin que se les revuelva el corazón en el pecho. Lo cómico y lo grotesco, desaparecieron del recinto con velocidad de relámpago; allí no había más que la sublimidad popular de dos corazones frente á frente, que se tomaban el derecho por su mano. Era una mujer pequeñita, rubia, nerviosa sobre toda ponderación, con las greñas doradas, semejantes á una candela sacudida por el viento. Ésta era la robada.

La otra era alta, grandullona, rostro de carátula de Carnaval, de recia musculatura; sus cabellos negros, sueltos en mechones, recordaban la trágica cabeza de Medusa.

No voy á reproducir aquí el vigoroso hablar de ambas, una atacando y otra defendiéndose, porque heriría los castos y civilizados oídos de mis lectores; pero aquellos apóstrofes, aquellos arranques, aquellas frases mondadas de oropeles, hubieran sido dignas de esculpirse. Baste saber que de pronto, cómo si la estafada arrojase á la ladrona su idea más potente, giró la mano hacia su carnicería, y, agarrando un rojo trozo de carne, se lo lanzó con

ira brava á la cabeza; recibió el proyectil desusado la estafadora de hombres, y por contestación, le atizó á la rubia nerviosa otro medio kilo de carne, en una masa, que le pasó zumbando por encima del moño; y disparadas al aire estas dos *ideas vivas*, terribles, empezó á verse dibujar una *batalla de carnes* por el viento. ¡Aquéllos si que eran pensamientos!

—Toma, *tal y cual*, pa que otra vez vengas á robarme el cariño de mi hombre.

—Pero ¿lo has tenío tú alguna vez? Toma tú ese hueso, que es lo que te mereces.—Y voló por el aire, semejante á un duro palitroque, una tibia, que fué á dar en el pecho de la ofendida. En el momento, ésta dejó ir otro huesarro piltrafoso, pero con tan buen tino, que fué á golpear la cara de la Medusa, llenándosela de salpicaduras de sangre; y «Gancho de la basura—agregó al acto de arrojar su *idea*—, anda, que tienes jeta como los cerdos y hozas en vez de hablar. Zurripuerca, bajuna, ladrona, que tienes más cascabeles de basura colgaos de tu cuerpo, que el collar de un perro...»

Pero he dicho que la fuerza bravía de aquel lenguaje de la vida cruda, pudiera ofender los oídos de algunas personas, y dejo para mi solo recuerdo aquella discusión, aquel combate de *ideas plásticas*, aquella batalla poderosa, estupenda, de lo más original, fuerte y grande que he podido ver en la vida.

Trepidando dentro de mí mismo con emoción tan extraordinaria, me alejé de aquel improvisado foro, y me fuí pensando en que, para buscar fuerza de pasión, verdad á borbotones, rasgos dignos de ser puestos en ritmo, y arranques oratorios de los que arrebatan y acaloran, va haber necesidad de recurrir á las plazas de abastos, á los mercados públicos; porque si se comparan las *dos discusiones*, la primera parecióme un tiroteo de plumas por el aire; y la segunda, el sentimiento de lo que se dice, no aislado, no invisible, sino arrojado con su trozo de carne correspondiente.

¿Verdad, compañeros de arte, que á veces sientan bien á nuestro agotamiento presente, estos cuadros de fuerza poderosa?

SALVADOR RUEDA



INTRANSIGENCIA DE LOS SENTIMIENTOS

Todos sabemos con la facilidad que el bostezo es sugestivo, y que en una reunión de personas basta que una de ellas bostece para que la mayoría de los concurrentes sientan una necesidad imperiosa, á veces irresistible, de bostezar.

Los que hayan montado en bicicleta, saben que las primeras veces que se sale á la calle hay tendencia á chocar con los coches y tranvías, es decir, con todo aquello que se desea evitar, y se chocaría si no tuviera uno el buen acuerdo de bajarse de la bicicleta, por sentirse como atraído de una manera fatal hacia el obstáculo.

Yo recuerdo haber visto, en los juegos de pelota, ciertos individuos hacer con su cuerpo contorsiones y movimientos diversos cada vez que el pelotari por quien se interesaban hacia una jugada. A esto se llama sugestión por el movimiento ó sugestión psico-motriz; es decir, que la vista de un movimiento ó su representación mental, provoca dicho movimiento en el espectador; por eso el bostezo es contagioso; por eso el principiante de bicicleta, al pasar por el obstáculo que teme y que se le representa en su imaginación con gran intensidad, toma sin querer la dirección que precisamente trata de

evitar; por eso el que va al juego de pelota y sigue con gran entusiasmo á su favorito, hace sin querer los mismos movimientos. Esta sugestión psico-motriz explica el carácter particular que tienen los bailes regionales, las seguidillas ó la jota aragonesa; lo que pasa en el teatro, sobre todo en el francés, en que son muchísimas las actrices que tienen una misma mímica.

Dicho esto, vamos á ver cómo se explica también orgánicamente la intransigencia religiosa.

De la misma manera que se contagian los movimientos, se contagian las emociones y los sentimientos. Así como hemos visto comunicarse el bostezo de una á otra persona, la expresión de la fisonomía, el movimiento que constituye esa expresión sugestiva, y las emociones y los sentimientos se comunican también, como antes la acción.

Ese es el secreto de que las pinturas, cuando son verdad, como los cuadros de Velázquez, impresionen grandemente. Es que la expresión y la actitud sugieren al observador el mismo sentimiento que quiso representar el artista; de esta manera comulgamos con el alma del pintor ó del escultor, confundiéndonos con su

propia emoción. Así se comprende el gran papel que el arte representa en la historia de la humanidad.

Eso es también lo mismo que nos ocurre en el teatro cuando vemos un buen actor. Pero ¿cuándo es bueno un actor? Precisamente cuando produce ese efecto; cuando la expresión de su fisonomía y su actitud llevan al espectador á la misma emoción ó sentimiento que el cómico quiere expresar; entonces la sugestión surge inevitable, fatal, y nace la emoción artística, porque la expresión de la fisonomía y la actitud sugieren la idea y la emoción correspondiente.

La sugestión recíproca multiplica la emoción; así sucede que hay personas que teniendo una gran alegría se la comunican á los parientes y amigos, pues al hacer participar á los otros del mismo motivo de júbilo, refuerzan su propia alegría. Es lo mismo que sucede en las familias en que muere algún padre, madre ó hermano, que á la vista de cada persona de la familia en que fuera común el afecto, se renuevan las escenas dolorosas; y es que la sugestión recíproca del dolor en este caso multiplica la emoción.

Al sentimiento religioso le sucede lo que á todos los sentimientos, se comunica de unos á otros y se multiplica en razón del número de adeptos.

La ciencia, que se apoya en hechos prácticos y demostrables, no ha quemado ni martirizado á nadie aún, porque crea ó deje de creer; la religión, en cambio, cuya fuerza toda está en la fe, se hace intransigente. Cada vez que la Iglesia ha visto algo que comprometía su fervor, es decir, que le quitaba fuerza, no ha retrocedido ni ante el auto de fe; ha considerado y considera como un enemigo al que

no crea cuanto ella cree. Decimos enemigo y es verdad, en virtud de lo que hemos dicho de cómo la expresión de la fisonomía y la actitud sugestionan á todo individuo religioso; la mayor parte, al encontrarse frente á frente con un individuo que no cree lo mismo que él, experimenta una sensación de dolor, porque aquel individuo debilita, á pesar suyo, su fuerza, ya que no su fe, es decir, no tiene la misma sensación de placer que se tiene al sentirse multiplicar su emoción religiosa, al comunicar sus sentimientos con otro ferviente como él; por eso todas las religiones se han esforzado en convertir á los demás á su propia doctrina, porque ese nuevo creyente aumentaba la propia fe; en cambio, al que no quisiera creer ó encontrara algo que perjudicase al dogma, era menester humillarlo, matarlo, aniquilarlo, porque la presencia de aquel sujeto era un verdadero tormento; porque ejercía una sugestión, una fuerza, que era contraria y lastimaba sus propias creencias y la paz de su conciencia. De aquí se deduce que el sentimiento religioso se ofende, no porque haya un prójimo que por no creer se condene, que eso les tiene muy sin cuidado á los creyentes, sino porque el incrédulo disminuye su satisfacción. De ahí esa frase sin sentido: *el liberalismo es pecado*, es decir: todo lo que no sea exactamente como ellos creen, está contra ellos.

De aquí dos moralejas: aparte algunos religiosos sinceros, almas grandes y bondadosas, la inquina contra el *liberalismo* no es por amor al prójimo, sino por propio egoísmo. La tolerancia, el respeto á las creencias de los demás, es lo más indicado para confirmar á cada uno en sus respectivas ideas; yo creo que son

muy pocas las personas verdaderamente piadosas, entre las que van á los jubileos ú ostentan la placa del Corazón de Jesús; los que hacen esto (y para mí están en su perfecto derecho), son los más débiles, los que necesitan de esa sugestión recíproca que multiplica sus sentimientos, llegando en ellos la exaltación mutua á tal grado, que acuden á las procesiones armados de garrotes y revólvers. Los anticlericales que concurren á disolver esas procesiones, incurren en una contradicción, dando importancia á una cosa que no la tiene. Las procesiones, los amuletos,

placas, ayunos y otras cosas, los han tenido todas las religiones desde los tiempos de Budha y Confucio hasta nuestros días; ¿por qué no lo ha de tener la religión cristiana?

La tolerancia y el respeto mutuo daría á conocer quiénes son los religiosos sinceros, los que imitan á Cristo; y por parte de los anticlericales, la tolerancia demostraría que no dan importancia á cosas que, según ellos, no tienen significación. Con la tolerancia desaparecería la intransigencia y la vanidad, que han despertado violencias de una y otra parte.

ENRIQUE LLURIA

INFLUENCIAS EXTRAÑAS

Un señor catalanista decía á Javier de Ricard, el escritor que ha mandado *Le Temps* á dar un paseo por España:

«Francia nos ha puesto en comunicación con el alma europea; por Francia hemos conocido á Ibsen, á Tolstoi, á Nietzsche, á los grandes escritores del Norte; por Francia somos algo y sabemos algo—decía el amigo del escritor francés razonablemente—; lo que debiéramos de hacer es aproximarnos aún más; necesitábamos un periódico francés que nos diera á conocer la literatura, el arte de la Francia intelectual y llevara nuestro arte y nuestra literatura á París.»

La idea de ese catalán, amigo de Ricard, es el sueño de todos los sudamericanos á quienes deslumbra París, es el sueño de todos los aventureros, de todos los pobres de espíritu, que se figuran que en llegando á pisar el asfalto del *boulevard* parisién, ya el espíritu se les ensancha y se les agranda, y les convierte en hombres superiores.

¿Que Francia ha contribuido á civilizarnos? Es indudable.

¿Que casi todo lo que sabemos actualmente se lo debemos á ella? También es cierto. Pero no por el ideal va á ser el que nuestro espíritu sea un reflejo del espíritu francés.

Es casi seguro que los primeros conocimientos de los pocos hombres ilustres que tenemos en España los hayan adquirido en libros franceses; pero al llegar á una especie de mayoría de edad científica ó literaria, es también casi seguro que habrán abandonado la tutela del libro francés para buscar las ideas y los conocimientos en sus fuentes, para no tener la necesidad de tomar las ideas elaboradas, modificadas, con el sello francés. Porque si Francia ha sido civilizadora para nosotros, ha sido á costa de hacernos

perder grandes energías de raza, de energías guerreras, políticas, literarias.

Al entrar la corriente francesa en España nos ha agostado el alma; siempre que hemos imitado á Francia lo hemos hecho mal; Moratín y todos los afrancesados de su época y de épocas anteriores, no ha hecho en nuestra literatura nada fuerte; mientras la influencia francesa se ejerció en la pintura, ésta fué durante muchos años lamida, de cromo; el gusto francés ha matado la afición por lo desgarrado, por lo pintoresco que está dentro de nuestra alma, llena de repliegues tenebrosos; ha producido el entusiasmo por la unidad; por la armonía académica nos ha infestado con un parlamentarismo huero y con una serie de dogmas sociales vacíos de sentido.

En el jardín de España, Francia ha sido el jardinero; ha limpiado las avenidas llenas de plantas parásitas y ha recortado los árboles.

En nuestra flora intelectual ya no hay árboles gigantescos, como el Greco, como Zurbarán ó como Espronceda; no hay más que cipreses y arbolitos en forma de bola.

Y, sin embargo, el amigo de Javier Ricard quiere que á esas bolas se las redondee más.

Actualmente se habla de alianzas con Francia é Inglaterra; hay anglomanos y afrancesados.

Lo que sería España afrancesada, lo podemos ver en Barcelona.

Barcelona intelectual, Barcelona catalanista ó separatista, es la crema de una capital de provincia francesa, como Marsella ó Lyon; hay allá las preocupaciones cosmopolitas por los escritores de moda, la eterna discusión de Ibsen, de Annunzio, de Nietzsche; la preocupación pseudocientífica por la raza, y los intelectuales de Barcelona son, como los de las capitales francesas, entusiastas é imitadores también de los intelectuales de París.

La otra influencia inglesa no sabemos lo que produciría, porque en estos pueblos que se señalan en España como anglomanos, Bilbao, por ejemplo, no se puede decir que exista una cultura especial y característica, ni mucho menos.

¿Cuál de las dos influencias sería la mejor?

Yo creo que el ideal es que la patria viva con su propia substancia; pero de no ser así, vale más para España que mire hacia el Norte y no hacia Levante; que entre Ibsen y Annunzio, escoja Ibsen, que entre Tartarín y Jhon Bull, se quede con Jhon Bull.

PÍO BAROJA

Por la sierra de Francia

LA ALBERCA

.....
 10 de Agosto.—Cuando abandoné las torres señoriales de Miranda del Castañar, bajando hacia el río Francia tuve un presentimiento confuso de todo lo que había de ver más tarde. Indudablemente aquellas torres indicaban un cambio respecto de todo lo que llevábamos visto. Detrás de ellas no podía haber las mismas costumbres, ni tal vez las mismas razas. ¡Cuánto recordé en lo sucesivo esta mi impresión!

Nunca podré olvidar aquel atardecer en que atravesé los últimos eslabones de la serranía, ni la majestad de aquellas cumbres silenciosas, ni aquel Mogarraz, con sus cruces de piedra, sus calles estrechas, sus tejados corvos y sus castellanos vestidos de terciopelo y cuero cubiertos de plata.

Salí de Mogarraz cuando sonaba el Angelus. De allí en adelante, las pocas leguas que me separaban de La Alberca las hice de noche cerrada, atravesando un monte inmenso, siempre por caminos pastoriles cubiertos de maleza y oyendo á lo lejos

el aullido de los perros de ganado. Frecuentemente mi guía deteníase para reconocer el terreno; no pocas veces alguna senda obstruida por los temporales nos desorientaba... Por fin, una luz debilísima brilló súbitamente á lo lejos de la espesura. Allí estaba La Alberca.

Llegamos muy tarde. Cuando entré en la ciudad me parecía que entraba en un lugar abandonado. Tal era allí la ausencia de vida. ¡Cómo resonaron nuestros pasos por aquellos ámbitos de vieja ciudad altoalemana!

En muchas puertas hubimos de detenernos antes de tropezar con la posada, y muchos rostros asombrados nos hubieron de indicar el camino. Llamamos, por último, en ancho portalón, y una vieja enlutada, después de pesado interrogatorio, desatrancó la puerta. Entramos. En el suelo dormitaban gentes del campo.

Subimos á las habitaciones superiores, haciendo crujir á cada paso las viejas vigas del pavimento, y quedamos instalados...

Mi habitación era una sala grandí-

sima, alumbrada por un viejo candil. En los muros, alternaba con antiguas estampas religiosas la historia completa de Genoveva de Bravante. No cabía duda de que estaba en la habitación de honor de la casa.

* * *

En tanto la enlutada baja y despierta á no sé quién, examino mi enorme cuarto. Las ventanas no han tenido nunca cristales; las puertas no cierran; toda la techumbre está sostenida por una gran viga agrietada que atraviesa la habitación de parte á parte y de la que penden objetos indescriptibles. La mesa es de castaño, con grandes adornos de hierro claveteados sobre bayeta roja; pesadas arcas antiguas sirven de asiento.

Una voz habla desde la puerta. Es la vieja con la cena.

Pronto se abren las arcas y sale todo el lujo de la casa. Tiosos manteles, que parecen de lona, cubren la mesa. Nada de olores frescos. ¡Han estado guardados con los cirios y los devocionarios!

La dueña me da á escoger entre el candil ya conocido y un cirio que trajo entre las frutas... Las jarras, los platos, todo es antiguo. Cerámicos desconocidos dejaron en ellos restos de un arte muerto...

Me enseñan en breve el dormitorio. La cama está cubierta con una colcha de estambre negro. A los pies hay una enorme cruz cuidadosamente empapelada. Es la que llevarán en breve á no sé qué difunto de la casa...

Término de cenar y me acuesto.

* * *

11 de Agosto.—He conocido á las autoridades alberqueñas. El alcalde, ricacho entusiasta de su pueblo, que

me habla de carreteras y proyectos colosales. Gracias á él, La Alberca cuenta con tranquilidad y con... un farol en la plaza, que se encenderá por vez primera aquella noche. Se están arreglando las calles para el día de la gran fiesta alberqueña, que atraerá, como siempre, muchas gentes desde largas distancias.

No me canso de ver estas casas que podrían servir de fondo á cualquier escena de *Los maestros cantores*.. Los mismos soportes rústicos para sostener cada piso, las mismas vigas cruzadas, las mismas ventanas de madera ennegrecida, el mismo avanzar de unos pisos sobre otros hasta que los tejados se juntan... Nuremberg puro. No me extrañaría ver asomar á Hans Sachs á la vuelta de cualquier calleja.

Me enseñan la iglesia. Es un edificio que descompone un tanto mi cuadro. Su gusto Herrera, sus chatas pirámides rematadas por bolas de piedra, su geometrismo, su frialdad escorialesca, me molestan.. En el atrio juegan los mozos, manteniendo á un pobre diablo que grita desaforadamente... El infeliz sube por los aires como una pelota y cae escaranchado en actitudes inverosímiles. Con este motivo me cuentan algunas diversiones alberqueñas, entre ellas la de matar á los toros á pinchazos, hasta que, desangrados, quedan á merced de los mozos, que los descuartizan y se los reparten...

Al atardecer paseo de nuevo.

Como la matanza se hace en la calle, veo una oveja luchar desesperadamente por huir del que acaba de hacer saltar la testuz de algunas compañeras suyas.

Una confusa y gruñidora masa desemboca de pronto de un callejón inmediato, invadiéndolo todo. Es una

enorme piara seguida del cerdero. Este hace sonar de vez en cuando su caracol y se lía á latigazos con los perezosos. Los pobres bichos se atropellan, gruñendo furiosamente... Un mendigo hurdano marcha hacia la plaza arrastrando sus guñapos...

* * *

Va atardeciendo. Varios tañidos de campana parten de distintos lugares. Dos ó tres curas cruzan en opuestas direcciones. Suena el Angelus.

Una vieja recorre las calles hablando de Dios y de la muerte. De vez en cuando se detiene, agita una campanilla y ora por las ánimas... Los que pasan se arrodivan y rezan oraciones mortuorias...

Me retiro á la hostería. Enciendo luz y leo... he dado con la biblioteca de la casa: Un *Itinerario á Jerusalén* y varios *Sermones*. También hay romances: *La sangre y sebo de los ni-*

ños: modo de quitársela para untos...

Es tarde; he intentado dormir, sin conseguirlo. La voz lejana y medrosa del serenó anuncia la media noche. Algún serrano que llega de Castilla atraviesa el pueblo jinete en su mula. A veces canta, y en el silencio de la noche se oye la copla:

*Cuando paso por la noche
á orillas del sementerio,
siempre le igo á mi cuerpo:
aquí te irás esaciendo.*

Es una vieja canción monotonía, saudosa, que termina con unas notas llenas de nostalgia... Es una vieja canción aprendida en los riscos de la serranía... A sus vibraciones los ecos de la noche despiertan...

El aire penetra por entre las rendijas de las ventanas, haciendo oscilar mi candil... Los perros aullan...

Al amanecer partiré para los valles Hurdanos.

VIRIATO DÍAZ-PÉREZ



MADRID

DÍA POR DÍA

SÁBADO — Varios reclamos sobre la OPERA ESPAÑOLA. Se anuncian *Circe*, *Raimundo Lulio*; grandes asuntos, grandes nombres, grandes esperanzas. Un teatro magnífico y nuevo. Buena voluntad y nobles ánimos. Lo que no se sabe de dónde va á salir es la música nacional, ni los músicos, ni los críticos... ni el público. Pero las ilusiones son todas así. Inmotivadas y todo menos razonables. Dejarían de ser ilusiones...

Cuando nadie sabe nada de un asunto, surge entre todos el acuerdo tácito de no mostrar tal ignorancia y de obrar como si se estuviera en el secreto. Aquí todo el mundo está al cabo de la calle en cuanto á música nacional.

Pero yo no conozco más ópera española que la *Carmen*, de Bizet, amén de la *seguiriya gitana*.

Pero, lo que dirán ustedes... Opera española será... toda ópera que se escriba en España.

Sin embargo... si mis amigos Pedrell y Corominas quisieran decir algo...

La Capilla Isidoriana, fracasada. La edición de las obras completas de Victoria, desconocida; más aún: menospreciada por el Ministerio de Instrucción pública...

Pero, ¡bah! Si éstos callan, no han de faltarnos críticos musicales... con revistas de toros á la vuelta.

DOMINGO. — El día imposible. No ocurre nada. Y si ocurre, no importa. Lo pasa uno metido en su casa, huyendo de la santa fecundidad nacional, que infecta las calles de chiquillos y chiquillas, muy bonitos para sus respectivos papás; huyendo de las funciones de tarde con agolpamiento de gentes á la puerta, de los horteras en solaz, del pinar de las de Gómez, con más Gómez que nunca; de los cafés atiborrados de menestrales risueños, donde no se encuentra una mesa libre. El día imposible.

LUNES. — Se abre D. Luciano Berriatúa, como repite el viejo Blasco. Y esta vez se abre por donde dice «Teatro Español», nombre pomposo, alto y significativo, si los hubo; ¿verdad, duquesa?

— Elabono, brillante; la sala, un asca de oro en los días de moda. Hemos perdido á nuestro actor *diletto*. Mendoza ha dejado esta sola vez de ser galante... marchándose á América. ¿Ha visto usted? Como un artista cualquiera. Pero no importa. Aquí venimos á vernos (aunque muchos no nos podamos ver), á charar, á reirnos de las obras y de os

cómicos. Thuillier nos parece un peluquero bastante guapito, y á los demás no los conocemos. La función no está en el escenario. Una comedia en cada platea, y á veces un drama; ¿por qué no? De tarde en tarde, cuando volvemos los ojos hacia la embocadura... un recuerdo del año 80: *En el seno de la muerte*. Aterrador... espeluznante... Pero tome usted otro caramelo. Los trajo... óigame, al oído... ¡Shoking!—Irresistible, duquesa.

MARTES.—Sin salir de la platea. Un aplauso más. El mío. Para el triunfo de Moret. El gran orador estuvo magnífico. La indignación prestó calor á su ática elocuencia; el entusiasmo de todos acabó por sublimarla. Bravos frenéticos. En cuanto á las acusaciones refutadas por él... ¿qué nos importan? Si no tenían fundamento, bien castigadas quedan; si lo tenían, tanto mejor para Moret y su gloria; tanto peor para el que tan torpe anduvo en formularlas y en mantenerlas.

Muy en serio. La parte moral de todo esto no me interesa. El lado artístico ha sido brillante. La palabra, el gesto, la actitud ciceroniana del final, la frase implacable y hermosa, y rítmica al mismo tiempo. ¡Oh, sí; el triunfo!

MIÉRCOLES.—Se manda á Benlliure á la Escuela de Bellas Artes de Roma. Bien está, con tal que no vaya á enseñar, sino á aprender, que buena falta le hace. Y á propósito... Ahora que todos los países envían sus jóvenes artistas á París, nosotros seguimos empeñados en no salir de Roma. Y. no sé por qué; á la vista de los que vuelven (tan *españoles* como se fueron),

he dado yo en figurarme que estos señores se han arreglado por allá una pequeña España—segunda edición—, donde quizás no faltan ni las corridas de toros. De modo que el baño de arte universal no *prende* en ellos, y la *europización* sigue estando cada vez más cara. Todo sea por Dios. Más entiende de esto el Ministro del ramo. Allá ellos.

JUEVES.—Los cómicos de la *Comédie française* están trinando contra el decreto de su Ministro de Bellas Artes, que les suprime todo derecho á la lectura y juicio de las obras dramáticas que han de representar, y de cuya admisión eran antes árbitros omnimodos. El autor queda libre de la tiranía del histrion, siquiera esta tiranía fuera antes patrimonio de hombres tan cultos é ilustrados como Monnet Sully, Paul Mounet, Coquelin, etc., asesorados, por el buen Claretie...

En Madrid no hay Claretie que asesore á nuestros señores cómicos, ni nada de eso. De modo que éstos pueden mirar con desdén á los de allá... á menos que nuestro Ministro de Artes no diera en la buena idea de secundar al francés y quitarles la prerrogativa...

Pero ya caigo en que la cosa es imposible. Porque aquí las artes no tienen ministro, ni el teatro Español depende de la Dirección de Bellas Artes, sino del Ayuntamiento.

Sin embargo, mucho podrían hacer en este sentido los grandes diarios. ¿Qué les parece, señores *La Serena*, *Arimón*, *Saint-Aubin*, *Caramanchel*, etc.?

MANUEL MACHA 11